



Libertad y autoridad

La autoridad es un instrumento en la educación de los hijos, que puede ser un obstáculo de la comunicación si no se sabe entender que papel tiene en la formación y evolución de los hijos.

Sobre la autoridad de los padres diremos aquí que lo esencial en la educación no es que el hijo obedezca y acate la autoridad sino que crezca y se desarrolle.

La autoridad cumple en la educación la función de proteger y dar seguridad al hijo; otra función es la que, al plantearle exigencias, supone una ayuda para que el hijo vaya alcanzando poco a poco los diferentes pasos de un desarrollo integral. La autoridad, por tanto, está en función de las necesidades del niño y se debe acomodar a su edad. Se comienza tomando todas o casi todas las decisiones por él, pero poco a poco hay que ayudarle para que sea él el que decida en sus cosas, quien vaya asumiendo responsabilidades crecientes en número e importancia.

Cuando la autoridad se ejerce mal, se dan errores:

- El niño domina el ambiente y se vuelve un niño déspota: los padres pecan por exceso de libertad. Entonces el pequeño se siente perdido, poco protegido e inseguro, porque se espera que él mismo elija sus normas o no tenga ninguna, lo que es demasiado para su nivel de maduración.
- Si los padres ejercen una autoridad absoluta y violenta sobre el niño, las manifestaciones de éste son reprimidas y vigiladas. El niño puede convertirse así en un rebelde a toda autoridad o en un débil sin voluntad propia.

Para que los padres puedan ajustar su autoridad a la realidad y a las necesidades de su hijo, es importante que le escuchen y que hablen con él; de este diálogo nacerá el “cuándo” y el “donde” ejercer la autoridad. Así, al exigir determinados comportamientos de sus hijos, los padres deben darles razones que les impulsen a hacerlo, lo que ayudará a los padres a comprobar si realmente su exigencia es lógica y adecuada para los hijos y viceversa.

Es importante, pues, que los padres inicien precozmente y sin violencia la adaptación del niño a las exigencias sociales de la vida en común, sin mutilar su propio desarrollo y sus manifestaciones espontáneas. El niño necesita la libertad y espera nuestra autoridad como una defensa para su seguridad.

La familia es un grupo donde se aprende a convivir, a tomar decisiones participativamente y donde se experimenta, progresivamente, la responsabilidad y corresponsabilidad.

La familia puede considerarse como incubadora privilegiada de seres humanos y como aportadora a la sociedad de seres humanos que viven como tales, como personas, como “gente”.

En la familia se genera el sentido de pertenencia, protección, referencia, contraste con otras opiniones, etc. y se da un ámbito para la participación. Esto se logra favoreciendo la visión positiva de sí mismo de cada uno de sus miembros, cuidando la

calidad de la convivencia, aprendiendo a comunicarse, brindando apoyo y compañía para poder vivir los contratiempos.

Una familia con cierto nivel de madurez es normal que pretenda conseguir los siguientes objetivos para su buen vivir y convivir:

- ❖ El bien común: recordando que es el logrado entre todos y para todos. Eso garantiza su estabilidad.
- ❖ Lograr personas solidarias, comenzando por lograr la solidaridad a nivel familiar.
- ❖ Un aprendizaje activo de la tolerancia: tolerantes con las personas, y con las ideas, los planteamientos, opciones y actitudes ajenas.
- ❖ La disciplina doméstica: como un ejercicio progresivo de aprender a coordinar la propia autonomía y la libertad de los demás adquiriendo una actitud conciliadora más que conflictiva y concibiendo y aceptando una cierta autoridad familiar que señale límites, que equilibre derechos y deberes y ayude a resolver las situaciones de conflicto.

El aprendizaje de la democracia a nivel familiar consiste en la sabia dosificación de algunas estrategias, que sirven sobre todo para distinguir la autoridad del poder, para lograr leer los conflictos desde su realidad objetiva y también subjetiva, para buscar resolverlos, no desde la crispación y los intereses contrapuestos, sino desde el diálogo y los intereses compartidos.

Algunas de estas estrategias son:

La adquisición de hábitos. No sólo los hábitos fundamentales que garantizan una vida sana, si no además, el hábito de escuchar, el hábito de cumplir los compromisos que se adquieren con los demás, el hábito de comunicarse.

La capacidad de experimentación. Sólo se aprende y se comprende lo que se hace. Con la reflexión suscitada y acompañada por el adulto de lo que se está viviendo: de las ventajas logradas y de las dificultades superadas, experimentando que los otros también tienen derechos y que nosotros, además de derechos, también tenemos deberes, compromisos. Y que ese compromiso nos responsabiliza ante los demás y tiene repercusión en el bienestar o en el malestar de nuestra familia.

La imitación. Quien tiene un buen modelo ya tiene un buen camino. Los modelos más eficaces son los comportamientos, la manera de razonar de los padres así como la evaluación de los sucesos que se hacen en casa, incluida la manera de hacer esa evaluación, no desde un dogmatismo descalificador sino desde un estilo que admite la diversidad y las divergencias y que presenta un modelo eficaz para aprender a hacerlo así. Y admitir que existen otros modelos.

La moralización. Inculcar juicios de valor, una jerarquía de valores en los momentos oportunos. Si los valores que se transmiten están en la base de la coexistencia democrática, esta estrategia contribuirá a una identificación posterior con esa jerarquía de valores.

La animación. La familia es un escenario privilegiado para ayudar a los componentes de la misma en la definición y cumplimiento de sus objetivos. Y animar sólo quiere decir estimular y cooperar para que lo logren porque a ellos les merezca la pena.

La introspección. La estrategia enseña a dar posibilidades de que cada uno tome su vida como algo que él mismo tiene que realizar, su propio proyecto de vida. Consiste en ayudar a descubrir dentro de uno mismo sus propias verdades, sus propias valoraciones, sus propias opciones y sus propias decisiones. Ayudarles y darles espacios para reflexionar, para releer la realidad a su ritmo y con sus propios ojos. Y ayudarlos a ser independientes de los slogans, de las consignas, de los acuerdos y convenciones hechos sin tener en cuenta las decisiones personales previas.

El diálogo. Como una forma privilegiada de encuentro y participación. Diálogo que es encontrar juntos mayor verdad y mayor acuerdo, que supone que, igual que admitimos que nosotros podemos estar en la verdad, también admitamos que podemos estar equivocados y que, ciertamente NO tenemos TODA la verdad.

Diálogo que significa hablar, comunicarse: querer y saber comunicarse. Pero también saber y querer escuchar. Y escuchar hasta que el otro se sienta comprendido. Y, para eso, no se puede estar ni a la ofensiva, ni a la defensiva. Y tiempo para dialogar. Espacios y tiempos oportunos, climas creados con naturalidad y no forzadamente. Y, mucho menos, de corre – corre.

La información. Es inútil luchar contra la realidad. Lo inteligente es tenerla en cuenta. Y ayudar a los componentes de la familia a lograr informaciones valiosas: no informaciones parciales, tendenciosas, deshonestas, dogmáticas o equívocas. Y una de las habilidades que debe adquirirse en la familia es precisamente aprender a distinguir la información de la opinión, la información de la manipulación, la información del pronóstico y la información de la desinformación.

La crítica positiva. En la familia también se aprende a criticar pero buscando aportar creativamente soluciones mejores y posibles.

La participación. La familia puede crear las condiciones óptimas para el proceso participativo: logrando que todos los componentes del grupo familiar se puedan expresar con libertad y con su estilo peculiar y comunicar sus deseos, sus temores y sus propias expectativas. Enseñando cómo manejar con respeto y habilidad la negociación de esas mismas expectativas, logrando acuerdos que puedan ser aceptados por todos, porque todos han sabido ceder en algo. Flexibilizando dicho acuerdo cuando alguno no se sienta con capacidad de seguirlo manteniendo.

Hasta aquí un extracto, realizado a partir del tema del mismo título que sobre el delicado tema del equilibrio entre autoridad y libertad que aparece en una de las temáticas del material de la Escuela de Padres, aprobado por la Comisión para la Familia de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba. Esperamos, como siempre, que te sea de utilidad.

Quisiéramos, además, estimado lector, que nos hicieses llegar tus opiniones y experiencias a este respecto, pues no siempre tenemos en cuenta estos principios en la educación de nuestros hijos, con consecuencias generalmente lamentables.

¡Hasta la próxima!

Rubén Gravié y Ana Ma. Baldrich
Comunidad de las Siervas de María